

Freud, pionero de la esperanza

Daniel Gómez Dupertuis

Sobre un frontispicio de esta institución vi una inscripción que reza: “100 Años de Educación Adventista.” También abundan posters alusivos al 95o. Aniversario del C.A.P. He visto también un desfile conmemorativo de esos 95 años por las calles de la villa que rodean la Institución: los viejos y tradicionales carros rusos contrastando con las modernas trilladoras, vecinos vestidos a la vieja usanza y los jóvenes...

Cuando veo todas esas demostraciones del pasado, y las fotos de los que reconocemos como pioneros con sus palas, sus carros rusos y sus camiones de caja abierta, donde el polvo era compañero de viaje, me convengo cada día más de que la clave del desarrollo no estuvo en esas palas o esos carros. Eso era lo único que había en ese tiempo, la “tecnología de última generación” del momento. Somos nosotros, que con nuestras modernas máquinas voladoras que pueden dar media vuelta al planeta sin reabastecerse y aun flotar si caen al agua, nuestros autos de fórmula que corren por una recta a 350 kilómetros por hora y toman una curva a la mitad de esa velocidad, luz, teléfonos, televisión, etcétera... somos nosotros los que nos hemos olvidado que “eso” era lo que tenían los pioneros, y por lo tanto no había otra alternativa de elección; lo heroico no era la forma de vida: lo heroico eran las ideas.

Estoy convencido de que la clave del desarrollo estuvo en las ideas que manejaban esos hombres y mujeres. Y para las ideas no hay lugar en los desfiles, ni junto a las fotos de los pioneros.

En la primera mitad del siglo pasado, Manuel Belgrano había sorprendido afirmando la importancia de la educación de la mujer, idea peregrina en un mundo donde no había lugar sino para los hombres. Sarmiento, que insistía en la educación del pueblo, había muerto poco antes sin ver realmente llevada a la práctica su idea, a pesar de todo lo que había logrado, porque la educación todavía era para las clases superiores, y las pocas películas argentinas sobre el tema lo atestiguan fehacientemente.

Daniel Gómez Dupertuis es psicólogo clínico y docente en la Universidad Nacional de La Plata, y en la Universidad Adventista del Plata.

Lo insólito, lo increíble era la audacia de la idea, su puesta en práctica, a pesar de los obstáculos. Cien años más tarde no podemos prescindir de nuestras computadoras: los pioneros ni siquiera las imaginaron. Nosotros no podemos prescindir de la luz eléctrica, del agua corriente... los pioneros nada vieron de eso.

Hay dos formas de hacer historia: la una es la historia de los acontecimientos, la crónica histórica. La otra es la historia del pensamiento, la historia de las ideas, la verdadera historia. Es en esta última donde debemos inscribir a los 100 años de Educación Adventista, al 95o. aniversario de la institución que nos alberga.

Y ya en el plano de las ideas no puedo dejar de preguntarme por qué nos cuesta tanto tener una visión ecléctica respecto de la realidad que nos rodea. Por qué esa tendencia a hacer crónica en vez de historia. Hace algunos días, cuando leía la tesis doctoral de uno de los ex alumnos de esta institución, sobre "Temporalidad y Atemporalidad del Pensamiento Teológico", no podía dejar de preguntarme por qué tanto tiempo para que surgiera esa idea.

Y yendo hacia el título de este artículo, vuelve a surgir la misma pregunta: ¿por qué cuesta tanto una visión más ecléctica respecto del creador del psicoanálisis?

¿Por qué siempre la visión de Freud es la de un pensador ateo, o la del fiel pensador afiliado al reduccionismo biológico, o la del representante de un pesimismo devastador?

¿Por qué nunca la de un pensador sólidamente consustanciado con la teorización teleológica?

¿Por qué no preguntarnos a qué cliché nos adosamos cuando tomamos una visión determinada sin preguntarnos por sus orígenes?

En el año 1990, en la inauguración del Seminario de Teoría Psicoanalítica de la Universidad Complutense de Madrid, el profesor José Luis Pinillos señalaba que una de las bases en que se asentaba el universo freudiano era su pertenencia al pueblo judío. Esta pertenencia marcó a fuego sus preguntas sobre la identidad, la calidad subversiva de su pensamiento, su singular tendencia a un racionalismo transgresor y revolucionario.

Preguntémonos entonces, ¿desde dónde, desde qué espacio emocional o cultural surge lo judío en Freud,

y por extensión en toda su obra? Digamos que esos espacios son múltiples.

Quiero rescatar una frase de un discurso de Freud de 1926, en la logia masónica judía B'nai Brith, en la ciudad de Viena. Allí decía:

"El judaísmo es (...) el secreto de una misma estructura interior, que no está basada (...) sino en una aptitud común a un grupo para vivir en oposición y a estar libre de prejuicios que coartan el uso del intelecto..."

Jacques Lacan, tan en boga hoy en día entre mis alumnos, ha señalado en más de una oportunidad las relaciones entre Freud y el Talmud.

Dirigir la observación a un aspecto parcial de su biografía tiene el inconveniente de perder de vista el sentido global de la historia, pero en este mundo postmoderno, donde lo esencial es siempre fragmentario, dirigir esa observación focalizada nos permite ver los aspectos fundamentales de su perfil humano e ideológico.

Como ya lo he señalado antes, desde hace demasiado tiempo el nombre de Freud estuvo ligado, y tal vez siempre lo estará, a las más diversas críticas, las que surgen según el entorno intelectual, la cosmovisión política o las fantasías de quienes las plantearon. Así, en algún caso, Freud aparecía como un adalid de cierta izquierda, o como un ateo recalcitrante en otros, -lo que implicaba la negación de la espiritualidad en el hombre-, o asociado a un pesimismo nihilista y, por lo tanto, devastador.

Estas críticas olvidaron las incursiones de Freud en el terreno de la religiosidad, donde apuntó más asiduamente sus comentarios encomiásticos -aunque aislados en el contexto de su obra-. Lo que sí es cierto, es que su crítica a la religiosidad estuvo centrada sobre el legalismo de lo ritual, el amor al poder o la intolerancia. Dura respuesta al antisemitismo de su época, y particularmente de Viena. Y entonces, para escapar de esto, se volcó a la ciencia como único camino para solucionar los problemas humanos. Si esto es cierto, también es cierto que al morir se encontró sobre su escritorio un papel manuscrito en el que afirmaba que la mística estaba más allá del Yo y del Ello.

También están los que critican por lo que fantasean que él dijo, terminando por perder sus verdaderos descubrimientos. En suma, las críticas recorren todo el espectro de posibilidades, olvidando, por un lado, que

toda crítica científica válida debe hacerse dentro de los límites de la teoría, y por otro, recordando que Freud no es el emporio de la última verdad. Una sana visión crítica constituye una obligación científica que nadie debería dejar de lado.

Quisiera que este trabajo nos ayude a ver "a Freud desde Freud", según una frase que empleo muy a menudo. Y esto porque, como muchas veces (y en eso la falta de formación de los alumnos es capital), caemos en el error de analizar un autor fuera del contexto cultural o de su época; calificando o descalificando en nombre de reglas que no existían o de contextos culturales que han cambiado o que desconocemos por no pertenecer a ellos, lo que nos puede llevar a caer en un pecado de soberbia.

Cada sociedad y cada hombre debe vivir a la altura del nivel de su progreso moral; si no lo hace es pasible de esa crítica. ¿Implica esta posición un historicismo o relativismo moral, porque cada época tiene su propia escala de valores? No. Pero también es peligroso suponer que las culturas son equiparables y reductibles la una en la otra de modo que tengan el mismo valor para el progreso humano.

Entre las críticas antes mencionadas nunca escuché la de que Freud estaba sólidamente inscripto en la tradición judía; y no la escuché, no por falta de críticos, sino porque por alguna extraña razón esa idea casi no aparecía, es más, se la negaba. En las pocas oportunidades en las que sí apareció, por ejemplo en mis charlas con el rabino Dr. Marshall Meyer, era un elogio que implicaba reconocer a Freud su inscripción en una historia real.

Marthe Robert (1976), en su obra "De Edipo a Moisés", dice que Freud quedó en suspenso entre dos culturas, dos formas difícilmente conciliables de pensamiento: la judía, que Freud, aun diciéndose ateo, nunca repudió, y la germánica, la clásica.

Esta sombra, como dice Robert Jaccard (1986), se extiende a lo largo de la parte más autobiográfica de su obra: "La interpretación de los sueños" (1900), "Totem y Tabú" (1911), y "Moisés y la religión monoteísta" (1936), que son los hitos principales de su propia novela familiar.

Freud quedó en suspenso entre dos culturas, dos formas difícilmente conciliables de pensamiento: la judía, que Freud, aun diciéndose ateo, nunca repudió, y la germánica, la clásica.

Tal como lo subraya Marthe Robert (1976), por una parte es judío, y a ese estado se ligan toda una red de sentimientos, deseos, costumbres, de los cuales nadie puede liberarse con un simple esfuerzo de voluntad, mientras que por otra parte está el intelectual austríaco, hijo de Von Helmholtz, Charcot, Meynert y Janet.

Además, no puedo dejar de señalar que los judíos de origen húngaro, bohemio, como lo fueron Freud y Mahler, y también los moravos, tenían tras de sí una larga tradición de razonamiento abstracto en las escuelas del Talmud. (Y luego, ya afianzados económicamente, se mejoraban a sí mismos asistiendo a la Universidad).

Como buen judío, Freud conocía las leyes individuales y familiares de la Torah. Tanto las expectativas como las frustraciones del judaísmo religioso influirán en su manera de concebir la religión. Las ideas de salud, prosperidad, enfermedad, indigencia, educación, están inscriptas dentro de esa tradición; y estas ideas, después de una incubación milenaria en el humus teológico, encontraban en el lenguaje de las ciencias de la historia y de las ciencias de la mente, su virulencia crítica. Es allí que la condición de judío de Freud, que hasta el presente no ha sido tomada en cuenta más que de un modo anecdótico, encuentra sin duda una base verdadera.

Freud había sido educado en las tradiciones de su pueblo. Para comprender esto bastaría la lectura de algunas de sus cartas. Como dice su biógrafo E. Jones (1979): "no podemos comprender a Freud sin incluir el carácter judío de su personalidad". Y agrega algo que no debiera dejar de sorprendernos: "Es desde el ser judío que adquiere sentido su lenguaje, sus proyectos y actitudes. Sin todo esto es dudoso que hubiera podido llevar a término la obra que nos legó".

En suma, lo que pensamos determina lo que hacemos, o si lo prefieren de otra manera: vivimos como pensamos.

¿Por qué Freud y la esperanza?

Hoy en día nos es muy difícil imaginar que hubo una época, y hace de esto sólo 100 años, en que un

médico debía justificarse ante sus colegas si afirmaba haber curado a alguien. Cuando Anna O. llegó a Freud, su tratamiento ya había fracasado anteriormente con Charcot y con Pierre Janet después. Eso era lo obvio. Cuando Freud se quejaba porque sus esfuerzos no daban resultado, Janet insistía: ¡*Persista!* ¡Y Freud persistió! El que Freud haya triunfado donde Charcot y Janet habían fracasado fue lo excepcional. En aquellos días, la esperanza era frágil; hoy muchas veces nos parece innecesaria.

Freud tuvo que justificar su éxito, no Janet su fracaso. Lo sorprendente era lo que hoy puede parecer obvio. Este cambio, desde la desesperanza a la esperanza en las ciencias médicas, fue producto de tres pilares:

1. El reconocimiento de la psicología.
2. Los nuevos descubrimientos de la física.
3. Los nuevos descubrimientos de la química.

En el nuevo lugar de la psicología, a partir de 1904, se destacan los desarrollos de Freud.

En aquellos tiempos los médicos no esperaban que sus pacientes se recuperaran, y entonces se sorprendía cuando eso ocurría. Las estadísticas médicas afirmaban que sólo el 5% de los pacientes se recuperaban. (No es difícil imaginar por qué la penicilina se convertiría en una droga milagrosa).

Así como la desesperanza engendra desesperanza, la esperanza debía ser alimentada para que cambiara este estado de cosas. Si bien la psicología clínica había nacido en 1896, su verdadero nacimiento se dio en la Primera Guerra, cuando los descubrimientos hechos por Freud empezaron a ser propiedad común de los especialistas dedicados a la recuperación de los soldados que volvían del frente.

Estos descubrimientos no prometían milagros ni curas instantáneas, de hecho no parecían justificar la esperanza. Sin embargo, lentamente, fueron cambiando la cara de la psicología clínica y de la psicoterapia.

Si Freud no desarrolló una teoría de la personalidad basada en la esperanza y en la libertad humanas, no fue porque no lo quisiera, sino porque se interpusieron en su camino los problemas específicos que le plantearon las ciencias naturales de su época, que no permitían, no admitían desarrollos teóricos que emplearan el uso de una causa final.

En este marco, la aparición del concepto de *psicodiagnóstico* de la mano de Rorschach, un converso freudiano, quedaría definido como "la búsqueda esperanzada de una salida"; que el *tratamiento* -como se llama a la psicoterapia- era la prosecución del camino descubierto y la persistencia sin claudicaciones en la realización del esfuerzo, siempre dirigido por el paciente mismo.

Escuché muchas veces que el gran descubrimiento fue la metodología del tratamiento psicoanalítico. Estoy en total desacuerdo, y cuando más pasan los años, más firme se hace mi desacuerdo: la cosa estaba en otro sitio. ¿En cuál?

En realidad, la otra gran contribución que Freud hizo a la esperanza fue que gracias a sus descubrimientos tuvimos la posibilidad de

comprender:

1. Las motivaciones.
2. Los recursos internos del hombre.
3. La intensidad de los conflictos parcialmente reprimidos.
4. El notable poder que tiene cada uno de nosotros para determinar si ha de vivir o morir.
5. El darnos cuenta de que debemos alentar a cada individuo a ser protagonista de su vida y no un espectador aventajado, ya considerarse una persona, y no un incidente fortuito en el universo.

Por sorprendente que pueda parecer, estas ideas no existían antes de Freud. Y tampoco surgieron de la nada, del encuentro casual de ideas peregrinas; fueron resultado de la formación talmúdica de Freud, pasada al plano científico.

Podemos aceptar o no este desafío de ser protagonistas, de encender, como solemos decir hoy, una luz de esperanza a nuestro alrededor, en nosotros y en nuestros pacientes. Y creo que el esfuerzo que pongamos en mantener esa luz encendida podría ser la medida de nuestro valor como hombres.

Siempre he creído que los griegos estaban equivocados, pero por alguna razón gozaron de una muy

buena prensa. Ellos creían que la esperanza no era real y que era maligna; ésa fue la razón de la matanza que inició Héctor cuando mató a Patroclo, amigo de Aquiles. ¿Cuál podía ser el valor de la amistad o la justicia si no había esperanza? Como dije en un artículo anterior, los que descubrieron el valor de la esperanza fueron los filósofos judíos, y por eso pudieron desarrollar el concepto de prevención que no conoció ningún otro pueblo de la antigüedad. Es que ningún otro de esos pueblos tuvo noticia del valor de sí mismo. Un buen ejemplo de esto era el sistema de ciudades de refugio, que desarrollaron los hebreos como prevención al odio y la venganza.

Un Sabio, en otro tiempo y lugar, había dicho: “Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” Otro sabio, en estos tiempos, buscó esa verdad en la Caja de Pandora de la mente humana apoyado en su sólida formación religiosa, la misma que le permitió decir a Descartes, “Pienso, luego existo”, afirmación impen-sable en un ateo.

Con un gran coraje, resultado de una sólida formación religiosa, Freud miró en el interior de la naturaleza humana y vio el mal que hay en ella, perseveró hasta el fondo de la Caja y pudo ver que el amor es más fuerte que el odio, afirmando que la naturaleza humana puede ser transformada por el amor; allí apareció la Esperanza, que es hija de la Fe. Esperanza en la posibilidad de un cambio es la que da la razón al perdón. Sin cambio, ¿para qué el perdón? Si todo va a seguir igual, ¿para qué perdonar la ofensa?

Esa fue la esperanza que apareció 100 años atrás en el campo de la psicología y de la medicina. Por eso siempre digo que no importa cuál sea nuestra posición en la psicología, es imposible pensarla sin Freud.

Si transformó el nihilismo terapéutico fue por el esfuerzo constructivo de crear expectativas esperanzadas primero, y más sólidas cada vez. Aquí estuvo el gran cambio en nuestro campo de labor: pasó de la desesperanza de los psicólogos y sus pacientes, a la esperanza de poder desarrollar expectativas, poder sacar a la luz del conocimiento las razones profundas del por qué de su situación. ¿De dónde sacó el sostén para tamaña aventura, si la ciencia del momento no lo avalaba?

Y me pregunto, en el marco de este encuentro, citado bajo la tutela de la Psicología del Perdón: los que somos maestros, ¿qué es lo mejor que podemos hacer

por nuestros jóvenes alumnos, sino ayudarlos a desarrollar sus expectativas y esperanzas? ¿O acaso hay algo mejor?

Por todo lo dicho, y lo que aún falta decir y que quedará para otro encuentro, puedo señalar que si Freud no desarrolló una teoría de la personalidad basada en la esperanza y en la libertad humanas, no fue porque no lo quisiera, sino porque se interpusieron en su camino los problemas específicos que le plantearon las ciencias naturales de su época, que no permitían, no admitían desarrollos teóricos que emplearan el uso de una causa final. Freud entonces se vio obligado a adoptar un compromiso y formular su teoría de la libido, que es sin duda el aspecto menos sólido de su teorización.

Esta situación, como lo he señalado en más de una oportunidad, es la que detuvo el brazo de von Helmholtz -otro hombre de sólida formación religiosa- para señalar el valor de lo no consciente, 40 años antes de Freud. No es extraño que ambos hayan sido maestro y alumno.

Bibliografía

- Freud, Sigmund (1978) *La interpretación de los sueños* (1900). En Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu, Vols. 4-5.
- Freud, Sigmund *Totem y Tabú* (1911). Idem, Vol. 13.
- Freud, Sigmund. *Moisés y la religión monoteísta* (1936). Idem, Vol. 23.
- Jaccard, Roland (1985) *Freud, el conquistador*. Barcelona, Ariel.
- Jones, Ernest (1979) *Vida y obra de Sigmund Freud*. Buenos Aires, Ediciones Horme.
- Robert, Marthe (1976) *De Edipo a Moisés*. Buenos Aires, Granica.